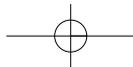
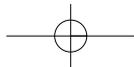


## El hombre perro



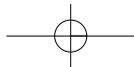


#### NOTA DE LA TRADUCTORA SOBRE EL TÍTULO

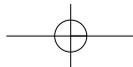
El título hebreo original de este libro es *Adam ben kelev* y en él se concentran múltiples conceptos. Adam es el nombre hebreo de Adán, el primer hombre, el Hombre con mayúsculas. Y es el nombre que el protagonista de la novela elige para sí mismo: Adán Stein. Pero, en hebreo, «adam» significa también «un hombre», «cualquier hombre».

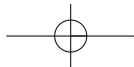
Por otra parte, «ben adam», significa literalmente «hijo del hombre», y de ahí: «persona», «ser humano». Pero este Adán, con mayúsculas y también en minúscula, es en la obra de Yoram Kaniuk «ben kelev», no el hijo del hombre, sino el hijo del perro.

Y Adán Stein, el protagonista, el Hombre, el ser humano, el hombre piedra, fue el perro del comandante del campo de concentración en el que todos los miembros de su familia dejaron de ser hombres, personas, adanes, para convertirse en «anillos de humo». Adán se salvó al dejar de ser hombre, persona, y convertirse en el perro del comandante, en el hijo del perro, en el hombre perro.



A Miranda



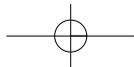


Dijo Eleazar Ben Yair: Dios firmó su sentencia contra el pueblo judío al que antes amaba, porque si hubiera continuado mostrándose favorable a nosotros, o se hubiera enojado con nosotros solo por un instante, no habría ocultado su rostro ante esta gran destrucción.

FLAVIO JOSEFO, *La guerra de los judíos*

El hombre es un dios en ruinas.

RALPH WALDO EMERSON



## 1. El payaso

I

La dueña de la pensión llamó suavemente a la puerta de su habitación. Tenía un cutis sedoso y un cabello fino y plateado recogido hacia atrás. Llevaba un vestido de verano, ligero y florido, de reciente adquisición y una corbata ancha de marinero alrededor del cuello. Parecía que acababa de salir de una vieja fotografía. «¡Adán! ¡Adán! —gritó, y de inmediato se corrigió—: Señor Stein —y en voz baja, añadió—: Ha llegado el momento... Adán... lo siendo de verdad.» Y, en efecto, estaba muy apenada.

Se apretó el cuello con sus delicadas y blancas manos, entrelazadas de venas azuladas, y por un instante parecía desmayada en el lazo de una horca. Ella, que el día anterior había estado a punto de morir estrangulada, se dirigía hacia la mañana, hacia la puerta, hacia el fascinante asesino, con el orgullo y las palpitaciones de una joven en su primera cita. Qué hermoso le pareció el resplandor de la mañana cuando aún estaba medio dormida. Pero, al despertarse, recordó y comprendió. Se tocó el cuello y lo odió. Sabía que en un instante sería dictada su sentencia.

10 YORAM KANIUK

Adán llevaba un rato despierto, pero, como un niño que pretende esconderse cerrando los ojos, se hizo el dormido. Tenía los párpados cerrados, pero no apretados. Podía entrever las sombras de los coches moviéndose en las paredes. Las paredes estaban revestidas con un papel descolorido y gastado, y a través de los párpados medio cerrados se veía a sí mismo estampado en ellas. En lugar de las flores, vio su propia imagen multiplicada por mil en el papel. Sabía que, en ese momento, la dueña de la pensión se estaría apretando el cuello. Podía sentir sus manos acariciándose la delicada garganta, estirada hacia delante. No estaba preocupado por la noche anterior, estaba preocupado por ese cuello que seguía estando de más en el mundo. Sabía procurarse felicidad y sabía que sabía hacerlo, pero también conocía la naturaleza caduca de las cosas. A todo le llega su fin. Y Dios no es más preciso que yo, pensó.

De vez en cuando, las sombras de los cipreses se movían sobre las paredes donde su rostro estaba multiplicado. Parecía que navegaban por la pared y desaparecían por un extremo de la habitación. Al oír la débil voz de la señora Edelsohn detrás de la puerta, al oírla hablar en voz baja consigo misma, abrió los ojos. También oía sus tribulaciones, aunque apenas eran expresadas.

Adán fingió que se acababa de despertar. Se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Ahora, ya de pie, podía ver por la ventana el gran ciprés cuya copa parecía la mitra de un inquisidor. Por la noche había soñado con un auto de fe. Por alguna razón, desde que llegó a Israel casi no soñaba con lo que le había ocurrido; en lugar de eso soñaba con lo que les había sucedido cientos de años antes a otras personas cuyo destino se había entrelazado casualmente con el suyo. Todo lo que le había pasado quedaba excluido de sus sueños y en su lugar veía incendios. Esa noche había soñado que el gran inquisidor quemaba un libro. Tuvo la impresión de que el libro se titulaba

*Fausto*. Fue algo que le molestó, a pesar de que pensaba que era un acto cargado de razón. Cualquier inquisidor digno de ese nombre habría quemado el *Fausto*. La mitra del inquisidor era negra y cónica.

Fuera estalló la mañana como una guerra. Las voces de la calle entraban en la habitación. El ruido de los coches precipitándose hacia la ciudad se mezclaba con el sonido de la bicicleta del lechero y el tintineo de las botellas. Alguien gritó: «Señora Epstein, ¡el periódico!», y se oyó el zumbido del periódico en el aire y el golpe al caer en el porche. Un niño lloraba al otro lado de la calle. Él podía incluso oír la respiración de la dueña de la pensión al otro lado de la puerta. Sabía que aquella refinada mujer estaba espionando a través de la cerradura. Apartó su cara mojada del pequeño y anticuado lavabo, cuyos grifos chirriaban y hacían gorgoritos, y dijo volviéndose hacia la puerta: «Hoy el sol parece afligido, Rutschen. El corazón está cubierto de nubes».

Y la pobre se ruborizó. Su cabeza, que estaba pegada a la cerradura, golpeó la puerta y a él le entraron ganas de echarse a reír. Pero la mañana traía consigo la vaga certidumbre de que la señora Edelsohn se merecía un trato diferente y ahogó la risa en un sonoro gorgorito.

—Adán, ¿en qué piensas realmente? —dijo la señora Edelsohn en alemán.

—En nada, Rutschen. Sólo quería saber si aún soy atractivo por la mañana...

—Lo eres, Adán —y la mujer salida de una fotografía borrosa se ruborizó de nuevo.

Reinó el silencio hasta que Adán terminó de lavarse. Luego a la señora Edelsohn se le escapó una breve risotada.

—Desde por la mañana temprano nos ponemos románticos —dijo tímidamente, mientras él se cepillaba el traje con un cepillo que tenía el mango de plata. A Adán le gustaba el ale-

12 YORAM KANIUK

mán de la dueña de la pensión, la lengua que «nos elevó a altas cumbres y nos golpeó con fustas». Un idioma loco, maldito y maravilloso.

Rutschen conservaba el alemán de los días en que Adán era joven. Desde que llegó a Israel, cada día se presentaba de nuevo a esa vieja y hermosa lengua que aquí no se había deteriorado en los últimos veinte años. En la forma de hablar de Rutschen descubría la belleza oculta en un viejo libro, en una antigua vitrina, en un cuadro de la casa de sus padres. En la lengua de la señora Edelson, la dueña de la pensión, oía la lengua de su madre, a su tío Franz Yosef, a su padre.

Se sentía agraviado por el viejo cuerpo de la refinada doncella. ¿Cómo podía conservar ese lustre juvenil, esa elasticidad, esa piel tersa? ¿Cómo lo hacía? Ya no era ninguna niña.

— Rutschen, ¿cuántos años tienes? —gritó de repente.

—Cincuenta, Adán. Qué gracia, precisamente hoy cumpla cincuenta.

—*Glückauf!* —dijo, e inclinó la cabeza hacia el lavabo. Qué desfachatez. Desfachatez con licencia poética. Como una hermosa virgen. El cuerpo cálido y el cabello plateado recogido hacia atrás... Cuando estaba desnuda no podía apartar los ojos de su cuerpo. Ni una arruga. Qué furor intacto. Como si la hubiesen congelado durante cincuenta años y de repente el hielo se hubiese derretido: una delicada tempestad.

Había que darse prisa. Se puso el elegante traje azul, se alisó la chaqueta con la mano, limpió cuidadosamente los botones de oro que tenían grabado el emblema de *Herr von Hamdung*, el mismo Von Hamdung de quien Adán había heredado la hermosa casa de Berlín. Se caló el sombrero de fieltro negro fabricado por A. S. Fischer, de Múnich, con el ala ligeramente curvada hacia arriba, y se dispuso a salir. Cuando abrió la puerta, la señora Edelson se tambaleó. A pesar de que estaba espionando por la cerradura, no le dio tiempo de apartar-

se y recibió un fuerte golpe con la puerta. Lanzó un tímido grito con la boca apretada y él sonrió:

—¿Así es como grita, querida señora de medias de seda? — y su mirada delicada, precisa, educada, se clavó en su cuello fino y estirado.

Un cisne, se dijo. En su cuello vio la explicación de aquella mañana. En su cuello vio su propia infamia. Sabía que no podía echarle la culpa a nadie. Yo soy quien se ha cavado todos los pozos en los que he caído. Y al decirse eso, sintió una especie de alivio.

—Adán, ¿estás listo?

Él le hizo una reverencia y ella creyó por un instante que estaba volando de nuevo hacia otros mundos e invitándola a bailar un vals. Estuvo a punto de decirle algo, de recordarle dónde estaban. Pero prefirió no recordar y dejar tiempo al tiempo.

—Bueno, ¡vámonos! —dijo Adán. La música sorda que ya había comenzado a sonar en lo más profundo de su corazón emprendió el vuelo y ella escuchó claramente entre las pausas, entre los pasos ligeros de la danza no bailada, la voz de la asistenta yemenita de la familia Goldstein que vivía enfrente. La asistenta gritaba: «Moti, Yuli, venga, al cole». Y Rutschen esperó a que Adán se cogiera de su brazo y, pálida como la pared, lo condujo a lo largo del pasillo.

—¿Vamos, muñeca?

Ella sonrió a la fuerza, él dio un saltito, desplazó su peso hacia delante y, apenas un minuto después de comenzar a andar, ya era él quien la guiaba a ella. Y en su propia casa. Pasó tímidamente un dedo por el excelente paño de su traje y se quedó boquiabierta por un instante. Su mirada se estremeció y él gritó:

—¡Vaya papel pintado! ¡Qué telarañas!

Desde la habitación por la que pasaban se oyó una voz enfurecida:

14 YORAM KANIUK

— ¡Un poco de silencio! ¡Esto es una pensión, no una estación de tren!

Adán se llevó un dedo a la boca, se encogió de hombros como un joven sorprendido in fraganti y la arrastró tras él, abochornada. Bajaron por las escaleras pegados el uno al otro, sus respiraciones se entremezclaban. Por un instante olvidaron de dónde venían y adónde iban; incluso ella, por cuyas venas corría el sentido de la realidad, lo olvidó todo. Sus pasos ligeros parecían demostrarle de forma inequívoca que en algún lugar el tiempo se había detenido.

Pero fuera, más allá de los pensamientos de la señora Edelsohn y de Adán Stein, el nuevo día azotaba con crueldad la pequeña y tranquila calle. El día, salpicado de gotas de rocío y cubierto por la bruma de la mañana, despuntaba y comenzaba a ser abrasado por el sol, que salía con soberbia por detrás del edificio que estaba al este. Una mañana otoñal de Tel Aviv irrumpía por detrás de los eucaliptos que bailaban sobre el Yarkón, y por un instante, antes de que la tenue y fina niebla se diluyese al amanecer, era posible imaginar que el Yarkón era un vasto río cuya orilla opuesta no podía distinguirse a simple vista.

Abajo, en el recibidor, estaban las maletas. Cinco excelentes maletas de piel, de color azul de Prusia y con relucientes asas de marfil. Cada maleta era diez centímetros mayor que la anterior, y desde ahí, desde lo alto de la escalera, parecían otro tramo de escalones que descendieran hacia la alfombra. A Adán la imagen se le antojaba, según sus propias palabras, «el atrezo de un peculiar escenario». Observaba sus maletas como quien ve toda su vida tendida ante él. Ya no pensaba en el cuello de la señora Edelsohn ni en su cuerpo joven y flexible, tampoco veía ya la escudilla de los perros, ni ninguna otra imagen que causase dolor. Veía mares y océanos; veía dinero, riqueza y poder. Él era fuerte y bello; y las maletas, el pasaporte hacia la gloria.

El día anterior, después de lo ocurrido, cuando se durmió, la señora Edelsonh recogió sus cosas. Lloró mientras hacía la maleta y Adán sabía, aunque ahora no pensaba en ello, que entre su ropa encontraría sus lágrimas, congeladas como su cuerpo; un recuerdo de su hermoso cuello, que él había estrangulado con un placer similar al amor de juventud. ¿Y ella? Ella, que había doblado cada calcetín, cada camisa, cada camiseta, cada corbata, miraba las cinco maletas como fuera la última vez que las veía.

Sabía, como todas las mujeres, que todo tiene un precio. Ahora que ya no podía llorar más, comprendió que las lágrimas se irían con él. Ella se quedaría entre los cipreses y los eucaliptos, junto al río que brillaba ahora con los primeros rayos del sol. Y los días pasarían. Pasarían y ella envejecería, y su cuerpo flexible permanecería como un inmisericorde signo de interrogación.

Empezó a comerse las uñas y las uñas comidas cantaron: «Adán se va... Adán se va...», como si fuera una niña. Si hubiera podido, habría saltado a la comba. Reinó el silencio. Un silencio nervioso, intranquilo. Adán alzó la vista y sus ojos fotografieron, como en una despedida, aquella habitación que, junto al alemán de Rutschen y a su hermoso cuerpo, le infundió unos meses antes, cuando llegó aquí, la sensación de tranquilidad que siente un joven al volver a casa.

¿No fue aquí, delante de estos muebles viejos y anticuados, donde había invocado a su padre unos meses antes? ¿No había sido aquí, al otro lado de la ventana opaca de la noche, mientras Rutschen servía *brandy* en dos copas rojas, donde de pronto, al invocar a su padre, se vio a sí mismo observándolo y ya era más viejo que su padre? Entonces le dijo a la señora Edelsonh: «Rutschen, mira, ¡he invocado a mi padre! Mi padre ya no está. Yo tengo cincuenta y tres años. Mi padre murió cuando tenía cuarenta y ocho. Ahora yo podría ser su padre», y se

## 16 YORAM KANIUK

echó a reír. Por un instante se acordó de Klein, de *Herr Kommandant* Klein a la entrada del campo mirando a los que llegaban con ojos muy abiertos. Miró a Adán, que estaba entre la gente con una elegante maleta verde en la mano, como quien se va de vacaciones, y a su alrededor había alambradas y un cartel: EL TRABAJO TE HACE LIBRE. Y de pronto oyó a *Herr Kommandant* Klein decir: «¡Pero si es Adán Stein!» Y su voz sonaba con un tono de admiración, de entusiasta admiración. Casi esperaba que *Herr Kommandant* Klein le pidiera un autógrafo. Pero *Herr Kommandant* Klein no le pidió un autógrafo, en lugar de eso le concedió la vida. No pidió ningún autógrafo; yo comía a cuatro patas, de la escudilla, con Rex.

Aquí, en la habitación de Rutschen, volvieron días distintos. El cuadro con marco dorado de los caballos en una pose olímpica junto al palacio imperial de Viena. Y otra imagen: la espléndida carroza roja de la emperatriz Teresa. Y la pastora de ocas con las mejillas sonrosadas y la inscripción debajo en letras góticas: *Gesundheit*. Y el retrato de una joven: una cara blanca llena de tristeza juvenil. El cabello recogido hacia atrás y adornado con horquillas de diamante. Sin duda era la señora Edelsohn, Rutschen, de joven. Su cuerpo, como por arte de magia, se conservaba joven. Sí, todo se había conservado: esa elegante lengua a lo Jean Paul, Schiller, Wassermann, los muebles, las cómodas, los cuadros, los platos de cerámica blanca adornados con dibujos azules, azulados... el cuadro del automóvil Maxwell Roadster, modelo de 1911, con el cambio de marchas fuera del habitáculo del conductor y los radios de las ruedas dorados. Todo eso se le aparecía mientras invocaba a su joven padre, se le aparecía con una vacuidad que resplandecía con una belleza ya inexistente. Como si todo fuera una estrella extinguida tiempo atrás y la imagen que veía fuera una luz antigua, la nada de una estrella que murió hace miles de años pero cuya luz sigue llegando a la tierra.

Sí, también aquí la infancia, convertida en humo en el territorio de *Herr Kommandant* Klein, estaba entretrejida, única y exclusivamente para él, en el cuerpo bien conservado de la señora Edelsohn. Una especie de epílogo donde se anuncia la muerte, pero aún no el fin definitivo. Ya que el fin, como le ocurre a aquella estrella, está enclavado en el principio y el principio todavía está vivo, respira. Precisamente aquí, en el nacimiento del Yarkón. El Berlín de la juventud está aquí y es más real que el de allí, el lugar en el que volvió de las ruinas y construyó un palacio en la hermosa casa heredada del barón Von Hamdung.

El fuerte timbrazo en la puerta de entrada le libró de sus pensamientos y, aún más, de su confusión. El timbrazo puso fin al terrible silencio. La puerta se abrió y dos hombres jóvenes entraron. La puerta se cerró de golpe tras ellos.

Los dos hombres le parecen a la señora Edelsohn un par de emisarios. Emisarios del mal, se dice, emisarios del demonio. Ellos apenas la miran. Categóricamente, aunque con educación, le insinúan a Adán que ha llegado el momento de partir. Adán se despoja de sus fantasías y los mira sonriendo. Los conoce. Se dirige rápidamente hacia las maletas, coge la más pequeña, la tumba, la abre y rebusca en ella. Saca una camisa, dos corbatas, una maquinilla eléctrica de afeitar metida en un estuche de piel color vino tinto y plastilina. Las lágrimas de la señora Edelsohn las deja dentro de la maleta. Toca las cosas como buscando algo que ha olvidado y las deja en fila sobre la alfombra. Tiene una mirada indiferente. A los dos hombres que lo observan les parece un Rotschild cansado y aburrido calculando sus riquezas. Asienten con la cabeza como dando a entender que comprenden lo que está haciendo. Ellos comprenden, y la señora Edelsohn observa con evidente intolerancia. No sólo por la degradación que significa el hecho en sí, sino fundamentalmente porque la ceremonia debe terminar y no necesita

18 YORAM KANIUK

añadirle ninguna «comprensión inútil». La plastilina sobre la alfombra les está diciendo: no me cogeréis fácilmente. Los hombres observan los movimientos de Adán. Son tan precisos y ágiles que sorprenden. Uno de ellos dice: «¡Qué gracia! De un momento a otro sacaré palomas de los botones dorados de los puños...»

El otro asiente. Lee las etiquetas que están pegadas a la maleta. Grand Hotel, Zürich; Plaza, New York; George V, Paris. Las elegantes etiquetas, el bonito traje de Adán, el sombrero. Los dos hombres asienten. La señora Edelsohn quiere ser práctica, por algo es la dueña. Lleva quince años a cargo de la pensión y no es la primera vez que ocurre algo así en su casa. Mira alternativamente a los hombres y a Adán. Para retrasarlo todo, Adán está jugando... ella lo sabe. Pero él se encoge de hombros, no sólo porque no puede escapar del decreto inapelable que está escrito en los ojos de los emisarios, sino porque en algún lugar recóndito de su corazón se alegra por ello.

Recuerda la expresión del profesor Schweizer, que llegaba al éxtasis absoluto al describirle, cuando él aún estudiaba en la Universidad de Heidelberg, hace mil años, cómo debía el criminal alegrarse por su condena, ya que ése era su fin supremo y, por tanto, su secreta aspiración debía consistir en ser condenado... Y yo jugando con estos dos idiotas... Cierra la maleta y se pone en pie. Está respetando las normas del juego con caballerosidad, dejándose ganar conscientemente, de todo corazón. Mira de reojo a Rutschen y comienza a andar con decisión.

La entrada lo enmarca. La puerta se abre de par en par como por sí sola y el dintel lo rodea con su color grisáceo. A los dos hombres les parece demasiado dócil y eso los desconcierta. En gran medida se duelen de su dolor, pero sus gestos son violentos y sus tribulaciones permanecerán mudas. Él lo aprecia y los respeta por eso.